

La línea rosa. Un viaje por las fronteras queer del mundo

Mark Gevisser

Rocío Quintal López

Mark Gevisser nació en Johannesburgo en 1964 y ahora vive en Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Es autor de varios libros galardonados y cuenta con una amplia labor periodística en *The Guardian*, *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *The Nation*, *Los Angeles Times*, por mencionar algunos diarios. Asimismo, es el guionista del documental *The Man who Drove with Mandela*, que ganó el Premio Teddy al mejor documental en el Festival de Cine de Berlín. La trayectoria que le precede era premonitrice de la calidad y riqueza que encierra su última obra *The Pink Line...*, publicado en 2020 en inglés y traducido y editado al español en mayo de 2022 por la editorial Tendencias con el título *La línea rosa. Un viaje por las fronteras queer del mundo*. Con 568 páginas, ni una sola sobra, es resultado de siete años de preparación del autor.

Como anuncia el título: *Un viaje por las fronteras queer del mundo*, de un capítulo a otro Gevisser nos lleva de la mano por un viaje histórico y geopolítico por diferentes épocas y continentes que nos permiten conocer la situación que se vive respecto del reconocimiento y las posibilidades de ejercicio de los derechos humanos de la comunidad LGTB y la presencia, o no, de condiciones para el reconocimiento y ejercicio de dichos derechos. Es en este sentido que Gevisser emplea la expresión "la línea rosa" para referirse a "una frontera de los derechos humanos que ha dividido y descrito el mundo de una manera completamente nueva durante las dos primeras décadas del siglo XXI. Ningún movimiento social global ha arrasado tan rápido como el que se ha llegado a conocer como LGTB" (p. 26). La realidad, documentada con datos históricos e incluso entrevistas testimoniales, es que mientras que esa línea rosa es una realidad en diferentes países, sobre todo occidentales, en los países africanos, asiáticos y árabes aún hoy en día está lejos de implementarse; por el contrario, la pertenencia a la comunidad LGTB sigue siendo sinónimo de persecución, discriminación, tortura, muerte y, lo peor, silencio e impunidad.

No obstante, algo que resulta sumamente interesante es que en el texto, Mark llama nuestra atención y nos brinda información contundente para

evidenciar que, aun en aquellos países occidentales en los que se han logrado avances a lo largo de años de lucha y puede decirse que existe una “línea rosa” de aparente apertura y respeto de los derechos humanos de la población LGTB, dicho trazo está sujeto a embates, golpes e, incluso, retrocesos por parte de grupos de la sociedad civil, fuerzas políticas, religiosas y renovados movimientos nacionalistas que tienen la mira puesta en él, por considerar que representan la decadencia de la sociedad, un peligro antinatural que debe ser extirpado a toda costa. Algunos ejemplos de ello, que el autor documenta ampliamente, se referirán en las siguientes líneas.

El caso de Brasil, país latinoamericano en el que el matrimonio entre personas del mismo sexo fue legal a partir del 2013, y en el que desde la academia y activismo se fomentaron líneas de investigación, generación de conocimiento e intervención de gran aporte en el campo de la construcción de los derechos sexuales como Derechos Humanos y en torno a la noción de ciudadanía sexual. Incluso, desde la esfera política, Luiz Inácio Lula da Silva, durante su primer mandato como presidente, impulsó reformas que reconocían y dotaba de derechos a la comunidad LGTB; ejemplo de ello fue el paquete educativo “Escuela sin Homofobia”, que llegó a conocerse entre sus detractores como el “kit gay”. Sin embargo, el ascenso de Jair Bolsonaro a la presidencia en 2018, como consecuencia de una nación dividida entre reformadores sociales y conservadores, representó un gran retroceso para la educación laica sobre sexualidad, la perspectiva de género, llamada por sus detractores “ideología de género”, y por supuesto, para el ejercicio de los Derechos Humanos de las personas lesbianas, gais, bisexuales y trans.

Así, por ejemplo, Bolsonaro, nos recuerda Mark Gevisser, mezcló de manera explícita el género y el comunismo como si fuesen amenazas ideológicas gemelas de la izquierda: ambiciosos experimentos sociales en contra del orden natural de las cosas; por ello no dudó en sumar esfuerzos para impulsar la lucha contra el “kit gay” a través de la campaña de la derecha “Escuela sin Partido”, que se había fundado unos años antes para “proteger” a los niños de que los pervirtieran las ideologías malvadas tanto del género y del comunismo. Tras su victoria, Bolsonaro “apoyó con gran entusiasmo la campaña del movimiento de derecha para que grabara — como dijo su hijo Carlos en un tuit — a “depredadores ideológicos que se disfrazan de docentes” y ordenó al ministro de Educación “que redactara leyes que prohibieran la enseñanza del género en las escuelas primarias” (p. 252). Fue el mismo primer mandatario quien, durante su campaña, llegó a decir que “a los niños gays se les podía dar una paliza para volverlos heteros o que, si su hijo fuera gay, preferiría que muriera en un accidente de coche”. Las elecciones de 2018 y, luego su mandato, lo convirtió en una cruzada moral en contra de todo lo que desde su óptica representaba el mal: “los comunistas, los simpatizantes del Partido de los Tra-

bajadores, las feminazis" (p. 252). Bolsonaro se retrató como el único capaz de salvar al Brasil del colapso total.

Una lucha populista contra la ideología de género discurrió de manera parca, dos años, 2016, en Colombia. Tras el suicidio de un adolescente gay, por acoso escolar, el Ministerio de Educación publicó un manual sobre sexualidad y género que provocó que miles de colombianos conservadores salieran a las calles a protestar, acusando a la ministra de Educación, Gina Padody, abiertamente lesbiana, de utilizar su departamento para facilitar lo que llamaban la "colonización gay". Dos años más tarde, en 2018, un conservador populista, Iván Duque, ganaba las elecciones presidenciales utilizando la bandera de lucha contra la "ideología de género", en una "adaptación local" efectiva "de las tendencias globales de oposición a los derechos sexuales y de género" (p. 253).

México no ha sido la excepción, si bien por un lado se han ganado gradualmente derechos legales a favor de la población LGTB y su visibilidad, que se ha hecho evidente en las Marchas del Orgullo Gay, consideradas ya, las de la Ciudad de México, como de las más importantes del mundo por el número y diversidad de personas que acuden a ella cada año, la realidad es que este avance tiene lugar en un terreno dinamitado. Así, por ejemplo, cuando en el 2016 el presidente Enrique Peña Nieto anunció que iba legislar para legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo, a nivel nacional se lanzó una iniciativa en contra del Frente Nacional por la Familia (FNF), basada en el modelo francés de La Manif Pour Tous.

Como ocurrió en Francia, la Iglesia católica se quedó en un segundo plano en la campaña, pero desempeñó un papel importante en su financiamiento y en la movilización de los simpatizantes a nivel parroquial; el papa Francisco incluso emitió un comunicado de apoyo. Hubo protestas en ciento veinticinco ciudades, incluyendo una con más de cuatrocientas mil personas en la Ciudad de México. El partido de Peña Nieto (PRI) perdió el control de siete estados en las elecciones posteriores, y culparon en parte a su iniciativa por el matrimonio igualitario. Su partido lo desobedeció y se negó a seguir con el asunto en el Congreso. Era la primera vez que ocurría una rebelión así en la política mexicana (pp. 253 y 254).

Lo mismo ocurrió en Estados Unidos con la asunción de Barack Obama a la presidencia, lo cual representó un avance y reconocimiento de los Derechos Humanos y legales para la población LGTB. Su gobierno asumió el tema de los derechos trans por el énfasis del matrimonio igualitario hacia una nueva frontera. En 2012, el vicepresidente Joe Biden se refirió hábilmente a los

derechos trans como “la lucha por los derechos civiles de nuestro tiempo” (p. 363). Sin embargo, el ascenso de Donald Trump representó un nuevo retroceso y amenaza a la integridad y derechos de la comunidad LGTB, ya que en sus discursos no dudaba en referirse a las personas homosexuales como *bestias*. “Las críticas por parte de la derecha estadounidense a los derechos LGBT se parecían a las que se daban en otras partes del mundo: que los deseos de individuos marginales estaban siendo favorecidos por encima del bienestar de la mayoría” (p. 365).

Lo expuesto hasta ahora son sólo algunos de los cientos de casos perfectamente documentados en este libro, que refieren obstáculos y avances, pero también del peligro siempre latente de retrocesos en materia de Derechos Humanos. Las historias relatadas se sitúan en países de todos los continentes: asiáticos, africanos, latinos y europeos.

Por otra parte, sobre los países árabes, africanos y asiáticos donde la “línea rosa” aún es prácticamente inexistente y está lejos de ser una realidad, con el argumento de que constituye una forma de resistirse a la “guerra cultural, la colonización occidental, a la cultura decadente que conlleva la globalización”, Gevisser documenta casos atroces de una sistemática violación a los Derechos Humanos de las personas LGTB, con el silencio cómplice de la sociedad que atestigua estos brutales crímenes. El trabajo de investigación que sustenta cada caso permite que Mark aporte fechas, protagonistas, frases textuales que son clara evidencia de las sistemáticas violaciones a los Derechos Humanos de las personas LGTB, por el sólo motivo de no apegarse al modelo hegemónico de la heterosexualidad y el binarismo.

Un concepto interesante que retoma el autor para hablar sobre cómo políticamente se utiliza el maltrato, la violencia y la degradación de la población LGTB con fines políticos, es lo que llama el “pánico moral”, desarrollado originalmente por el antropólogo Stanley Cohen en el libro clásico de 1972, *Demonios populares y “pánicos morales”: delincuencia juvenil, subculturas, vandalismo, drogas y violencias*, para describir momentos en los que “una condición, episodio, persona o grupo de personas surgen para ser definidos como una amenaza a los valores e intereses de la sociedad” (p. 198). Al respecto, Gayle Rubín en su ensayo “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, describió cómo los pánicos morales con frecuencia se basan en el sexo: “los medios de comunicación se indignan, la gente se comporta como una turba enfurecida, se activa la policía y el Estado promulga leyes nuevas. Cuando el furor haya pasado, algún grupo erótico inocente habrá sido diezmado y el Estado habrá extendido su poder a nuevas áreas de conducta erótica”. Aunque Rubín hacía referencia a Estados Unidos

del siglo xx, su descripción encaja bien con lo ocurrido en África, Rusia y Medio Oriente en el siglo xxi (p. 198).

Además del ese uso político que se ha dado a la población LGTB, como carne de cañón, utilizándola a modo y conveniencia por diferentes fuerzas políticas, que en algún momento la apoyan y en otras la defenestran, según les sume o reste votos, Gevisser dedica un capítulo completo, "Dólares rosas, global gay", para ilustrar cómo las empresas no han dudado en monetizar la causa, volver una marca el movimiento gay y reducir a simples consumidores a sus militantes y simpatizantes, desdibujando la óptica de verlos como ciudadanos. Así, el mercado privilegia los intereses económicos y no la lucha por los derechos de esta comunidad. Un ejemplo real e icónico sobre esto, que aporta el autor, es el ocurrido el 17 de marzo de 2012, cuando el barco *Celebrity Summit* partió de Puerto Rico con 2 000 hombres gays a bordo para navegar ocho días por el Caribe, todo organizado por una empresa especializada en cruceros "todo gay". Una experiencia sin preocupaciones basada en la amistad, la camaradería, la aventura, y la diversión pura y desinhibida. Todo marchaba bien hasta que el crucero arribó a las aguas de la Dominica, isla que había sido colonia británica, donde la "sodomía" era ilegal y conllevaba una pena de hasta 14 años. El problema se suscitó cuando los trabajadores del muelle vieron a dos hombres desnudos practicando sexo en un balcón conforme la embarcación atracaba, llamando a la policía para que los arrestaran. Los agentes abordaron la nave y los arrestaron por sospechas de sodomía y de exhibicionismo, llevándolos a una cárcel local. Tras una noche en el calabozo, los hombres aceptaron un acuerdo de reducción de pena: les retiraron el cargo sodomía y se declararon culpables de exhibicionismo. Los multaron con 900 dólares estadounidenses y fueron deportados, corriendo los gastos por ellos mismos. El crucero zarpó, no los esperó.

Al respecto, vale la pena destacar que la pareja arrestada eran dos varones, uno de 53 tres años y el segundo de 49, y llevaban juntos 17 años. Se les denigró pues estuvieron detenidos 19 horas en una celda oscura plagada de insectos, sin luz, agua, ni lavabo; fueron insultados durante toda la noche y los hicieron desfilar como "si fuéramos una cosa rara", relataron (p. 292). Mayer, uno de los afectados, dijo que de la experiencia aprendió que "el odio y la intolerancia" todavía existían en el mundo y estaba realmente enfadado con el operador del tour por haber llevado "a dos mil gays a un puerto donde nos odian, en el que tienen leyes en contra de los homosexuales" (p. 292). Sobre este episodio, Gevisser reflexiona: "Mayer y Hart habían cruzado una línea rosa. Su arresto puso al descubierto la manera en que los mundos podían chocar en el siglo xxi a medida que las ideas sobre la sexualidad y la li-

bertad sexual —y por supuesto, las personas que las encarnaban—, cruzaban las fronteras” (p. 293).

A lo largo de las páginas de *La línea rosa...*, Mark Gevisser deja en claro que los derechos sexuales y la identidad de género de las personas LGTB es una lucha política y legal, incluso económica por los Derechos Humanos y civiles, pero también una batalla por su derecho a la autodeterminación, que hoy está más viva que nunca gracias a los medios virtuales y las dinámicas de movilidad y migración laboral que posibilitan construcciones de identidad de género flexibles, situacionales y performativas, que aunque pudieran parecer contradictorias en un primer momento, logran coexistir armónicamente en la misma persona. Ejemplo de ello, es el siguiente pasaje.

En el Orgullo de Bangalore, en diciembre de 2012, conocí a un grupo de jóvenes trans del vecino estado de Kerala. Entablé conversación con uno de ellos, Dev, que trabajaba en un centro de atención telefónica en Bangalore para clientes norteamericanos. En el trabajo entendían que Dev era un marimacho o incluso lesbiana, y podía llevar camisa y pantalón, como dicen los indios, sin que pasara nada. Con un corte de pelo asimétrico y piercings, Dev desde luego parecía un joven a la moda, aunque delgado, en las calles de la cosmopolita Bangalore; pero de vuelta a casa en Kerala, era la hija, hermana y futura novia. La frontera entre Karnataka —el estado de Bangalore— y Kerala era su línea rosa, y se reía de lo hábil que se había vuelto a la hora de cruzarla, cambiándose de ropa para ponerse un atuendo femenino en el estrecho espacio de un cubículo de baño en la estación de autobuses, antes de partir hacia su hogar familiar. En la parte de Kerala de la línea rosa, un matrimonio concertado parecía inevitable, que Dev posponía “de momento” con las remesas mensuales: podía usar el hecho de que estuviera ayudando a mantener a la familia como explicación de por qué aún no se había casado. Soñaba con escaparse a Hong Kong para someterse a cirugía o, de forma más realista, con un traslado de trabajo a Delhi, más lejos aún de su familia (pp. 156-157).

Al respecto, Mark sostiene que poder cruzar la línea rosa y la doble vida que ello conlleva, siempre ha sido un factor de la identidad *queer* en todo el mundo. La disonancia puede acabar en la expulsión o incluso en la violencia, mientras que al otro lado de la línea rosa se puede terminar siendo objeto de fetiche como un símbolo de la tolerancia y la diversidad.

En suma, el viaje por las fronteras *queer* del mundo al que nos transporta Mark Gevisser en su libro, deja claro que aún en los países donde la “línea rosa” hoy es más firme, ésta nunca se logra de una vez y para siempre. La historia contemporánea, narrada en muchas de las páginas de este libro, deja claro que siempre puede haber retrocesos y por eso no es momento de bajar la guardia.